

Sobre un gran carro de cuatro ruedas, tirado por quinientos hombres, se veía un antro singularmente profundo, formado de hiedra y pintado de rojo, desde el cual se soltaban palomas de todas clases, y tórtolas con lazos atados á las patas, á fin de que los espectadores pudiesen cogerlas. Este carro contenía también dos fuentes, de una de las cuales manaba leche, y de la otra vino, y las ninfas que lo rodeaban llevaban coronas de oro.

En otro carro iba representado Baco al volver de la India. El dios era conducido en triunfo sobre un elefante, vestido de púrpura y con corona de hiedra y pámpanos de oro; en la mano tenía un tirso también de oro, y el calzado era igualmente dorado. Delante de él, y sobre el cuello del elefante, iba sentado un satirillo de cinco codos de alto coronado de hojas de pino de oro; y con la mano derecha, en la cual tenía un cuerno de cabra todo de oro, parecía que daba la señal. Llevaba el elefante los arneses de oro y un collar de hiedra del mismo metal; y junto á él caminaban cincuenta niñas vestidas de púrpura y ceñidas con trenzas de oro.

Iban despues cuatro recuas ó cuadrillas de asnos montados por Silenos y Sátiros coronados, á los cuales seguían veinticuatro carros tirados por elefantes, sesenta tirados por dos carneros cada uno, doce arrastrados por snakes, siete por órises, quince por búfalos, ocho por dos avestruces cada uno, siete por gacelas, y cuatro por zebras. Carros tirados por dos camellos, y otros por mulas llevaban las tiendas de las naciones extranjeras, con mujeres indias sentadas junto á otras puestas á modo de cautivas. Muchos camellos llevaban trescientas minas de incienso; otros doscientas libras de azafran, de cañafistola, de cinamomo, de gladiolo, y otros aromas.

En seguida iban los Etiopes con regalos, unos conduciendo seiscientos dientes de elefante, otros dos mil troncos de ébano; otros con sesenta cráteras de oro y de plata ó pajitas de oro; y de este metal eran también los collares de dos mil cuatrocientos perros, unos de la India, otros de la Hircania, Molosos y de otras razas. Pasaron despues cincuenta hombres que llevaban árboles, de donde pendían fieras y aves de todas clases, papagayos, pavos reales, faraones, faisanes y otro gran número de aves de Etiopía: á lo cual se añadan ciento treinta ovejas de Etiopía, trescientas de Arabia, veinte del Negroponto, veintiseis bueyes de la India todos blancos, ocho de Etiopía, un gran oso blanco, catorce leopardos, diez y seis panteras, cuatro lincees, tres osos pequeños, una gírafa y un rinoceronte etíope; museo vivo formado para satisfacer la pasión de Filadelfo á la historia natural, y que debía aumentar los conocimientos acerca de esta ciencia.

Iba despues otro carro seguido de mujeres ricamente vestidas y magníficamente adornadas que representaban las ciudades de la Jonia, de los Griegos del Asia, y de las islas subyugadas por los Persas, todas con coronas de oro: por-

que Calístenes no habla sino de lo que era de oro y de plata, y pasa por alto muchos objetos dignos de ser vistos y referidos, como fieras y caballos, veinticuatro soberbios leones, y además muchos carros de cuatro ruedas con las efigies de los reyes y de los dioses. Luego iba un coro de seiscientos hombres, trescientos de los cuales tocaban cítaras guarnecidas de oro batido, con coronas del mismo metal; y despues dos mil toros todos de un color, con los cuernos y el testuz dorados.

Siete palmas de ocho codos de altura, un caduceo, un rayo, ambos á dos de cuarenta codos, un templo todo de oro, muchas figuras doradas, fieras y águilas de doce codos, y tres mil doscientas coronas de oro formaban parte de aquella procesion; pero lo que mas llamaba la atención era otra corona de oro de ochenta codos de circunferencia, llena de piedras preciosas, consagrada á los misterios y á las ceremonias religiosas, y que abarcaba la entrada del templo de Berenice. Acortamos la narración de lo restante, y solo haremos mención de cuatrocientos carros que llevaban los objetos de plata, veinte con vasos de oro, y ochocientos cargados de aromas. Esta pomposa procesion iba acompañada de caballería é infantería magníficamente armada.

Tolomeo Filadelfo en treinta y ocho años de reinado, mas tranquilo aun que el de su padre, siguió siempre las huellas de este, y careciendo de espíritu guerrero, favoreció con mas pasión las ciencias, multiplicó los edificios, hermoseó la ciudad, aumentó la armada, é hizo del Egipto la primera potencia del mar, y una de las primeras en la tierra. Tenía siempre aprestadas dos numerosas escuadras en el Mar Rojo y en el Mediterráneo, y si no poseía treinta y tres mil ciudades como canta Teócrito, tuvo á no dudarlo un floridísimo reino. Ascendían sus rentas á catorce mil ochocientos talentos, sin contar los tributos que cobraba en especie, y no obstante lo inmenso de su ejército, dejó al morir en el tesoro setecientos cincuenta mil talentos egipcios. No conocemos el sistema con arreglo al cual se repartían los impuestos; solo sabemos que en las provincias de lo exterior se daba en arriendo su exacción, con grave daño del pueblo.

Si la adulación no llegara con frecuencia á los límites del escarnio, diríase que el título de Filadelfo, que mereció Tolomeo, era una ironía por las continuas discordias que tuvo con sus hermanos, los cuales perecieron de mala muerte ó por miserables pretextos. Celoso de Mágas, su hermano uterino, encargado por Tolomeo I, como ya hemos dicho, de gobernar la subyugada Cirene, se enemistó con él. Este marchó sobre Alejandría, pero Tolomeo llamó á cuatro mil Galos para que la defendiesen. Al mismo tiempo los Marmáridas, pueblo nómada de la Libia, instigados por Tolomeo, invadieron la Cirenaica obligando á Mágas á volverse; sin embargo, la contienda duró por mucho tiempo,

nasta que Mágas prometió al hijo de Filadelfo la mano de Berenice, su única hija, y en dote el dominio de Cirene, la cual fué unida de esta manera cincuenta y un años despues al Egipto.

Filadelfo, de constitucion débil, puso todo su conato en conservar la paz, y dejó establecidas amistosas relaciones con los Romanos, los cuales debían en breve dirigir á su arbitrio los negocios públicos de aquel país. Á Fabio Gárges y á cada uno de los embajadores de Roma les regaló una corona de oro. Los Romanos no las rehusaron, pero á la mañana siguiente las pusieron en las cabezas de las diferentes estatuas del rey que había en la ciudad; y en cuanto á los demas dones riquísimos, los depositaron en el erario de Roma, conquistando para sus compatriotas una reputación de generosos y de puros que despues debían desmentir.

Filadelfo renegó de la modestia de su padre, y entónces por la primera vez se vió á una corte dar el tono y la moda á todo el mundo. También corrompió las costumbres con el ejemplo de los enlaces verificados en la misma familia real, casándose con su propia hermana Arsinoe, viuda de Ceráuno, que lo sujetó á sus caprichos, aunque no estaba ya en edad de hacerlo padre.

Bajo su reinado, la filosofía griega penetró hasta Etopia, y rompió el yugo sacerdotal que pesaba sobre todas las clases: Ergámenes, rey etíope, sorprendió cierto dia á los sacerdotes en el templo, y se declaró soberano absoluto (1).

Tolomeo Evérgetes, hijo de Filadelfo y de su primera mujer á quien había repudiado, apénas le sucedió, no contentándose con ver prosperar al Egipto por medio del comercio y de la política, ambicionó la gloria peligrosa de conquistador. Para vengar á su hermana Berenice, repudiada por Seléuco II, conquistó la Siria hasta el Eufrates y gran parte del Asia Menor desde la Cilicia al Helesponto, siendo ayudado en esta empresa por las discordias que había entre Seléuco y su hermano Hierax, y por ser muy recientes todavía los reinos de los Partos y Bactrianos. En estas correrías recogió inmenso botín; pero lo que mas agradó á los Egipcios, fué que recuperó dos mil quinientos ídolos, arrebatados al Egipto en la guerra de Darío, y seiscientos que le había quitado Cambises. Por esta restitucion patriótica y religiosa mereció el título de Evérgetes (*bienhechor*). Por último, concluyó con Seléuco una tregua de diez años, abandonando espontáneamente las conquistas hechas, excepto á Seleucia en Pieria, puerto de Antioquia.

Berenice, su mujer, había hecho voto de ofrecer, si volvía vencedor, su propia cabellera en el templo fabricado por Filadelfo en Chipre en honor de Arsinoe. Llevó á efecto su voto, pero poco despues desapareció del templo la cabellera. Entónces el astrónomo Conon de Sámos de-

1) DIODORO I.

claró haberla descubierto en el firmamento, y dió su denominación á las siete estrellas próximas á la cola del Leon; y fiestas sagradas y profanas, y hombres de ciencia y poetas, celebraron la cabellera de Berenice.

Llevó despues Tolomeo la guerra hacia el Mediodía, y subyugó gran parte de la Abisina, parte de las montañas situadas en las costas del Golfo Arábigo y de la llanura de Senaar hasta el Darfur, y la alta cordillera que se extiende hasta mas allá de las fuentes del Nilo. Él en persona mandaba esta expedición, y al mismo tiempo sus generales por mar y tierra ocupaban las costas de la Arabia Feliz. En Aduli en Etopia, erigió Evérgetes un monumento en cuya inscripción, tema fatigoso para los eruditos (1), decía que su padre le había dejado, además del Egipto propiamente dicho, la Libia, esto es, el Africa Occidental hasta Cirene, la Celesiria, la Fenicia, la Licia, la Caria, Chipre y las Cícladas.

Así durante un siglo entero fué gobernado el Egipto por tres grandes reyes; y sin embargo iba en decadencia. Todas aquellas empresas lo enervaban sin fruto, si bien daban vitalidad al comercio, que atrayendo á todo el mundo á Alejandría, fomentaba la corrupción, aumentada también con los despojos de riquísimas comarcas. Los mismos reyes daban ejemplo de orgullo y de lasciva debilidad y se abandonaban al influjo de las mujeres. Tolomeo tuvo por amiga á Tais, la cortesana mas famosa despues de Aspasia; Filadelfo tuvo un serrallo; y Berenice gobernaba á Tolomeo III á su capricho. Precipitose la decadencia bajo el mando de Tolomeo Filopator, muy amante también de las ciencias,

Tolomeo IV. 222.

(1) Fué conservada copia de ella por Cosme Indicopleusta. V. *Monumentum adulitanum* en la *Bibl. graeca de Fabricio*, tom. II. — MONTFAUCON, *Coll. Patr.* tom. II. — CHISHULL, *Antiq. Asiat.* p. 76. — Museo para la historia de la antigüedad. Berlin, 1840, tom. II. p. 103-166. — Saxe, *Anales de los viajes*, tom. XII, página 330.

Es un catálogo de los países poseídos, pero la alteración de los nombres hace difícilísima su interpretación. Dice así: « El gran rey Tolomeo, hijo del rey Tolomeo y de la reina Arsinoe, Dioses Adelfos, nieto del rey Tolomeo y de la reina Berenice, Dioses Soteres, descendiente por parte de padre de Hérenles, hijo de Júpiter, y por parte de madre de Dionisio, hijo de Júpiter, recibió en vida de su padre la corona de Egipto, de Libia, de Siria, de Fenicia, de Chipre, de Licia, de Caria y de las Cícladas; y habiendo llevado al Asia un ejército numeroso de infantería, de caballería, de fuerzas navales y de elefantes del país de los Trogloditas y de la Etiopía, cogidos por su padre y por él mismo en aquellas comarcas, conducidos á Egipto y amaestrados en él para la guerra, se enseñoreó de todos los países próximos al Eufrates, de la Cilicia, de la Panfilia, de la Jonia, del Helesponto, de la Tracia, de las tropas y riquezas de dichas comarcas, de los elefantes indios que en ellas se encontraban, y de los reyes que las gobernaban; y habiendo atravesado el río, sometió la Mesopotamia, la Babilonia, la Susiana, la Persia, la Média y todo el resto del país hasta la Bactriana; recuperó los dioses y las cosas sagradas arrebatados al Egipto por los Persas, y los envió á Egipto con otros tesoros tomados en aquellos diversos lugares... » (El resto se ha perdido). La fecha de esta inscripción podría hacer suponer que Tolomeo Evérgetes reinó por lo menos 27 años; pero ninguna medalla suya excede del año 19, y Polibio, Plutarco y otros escritores no le hacen pasar del año 221, esto es, el año 23 de su reinado. Por esto se ha creído que los dos pedazos en que se encontró partida la inscripción pertenecían á dos asuntos diferentes: duda que amengua todavía mas su autoridad.

y que las favoreció hasta el punto de erigir un templo á Homero. Filopator dió una gran prueba de su generosidad con Ródas, cuando fué destruida por un terremoto, enviándole trescientos talentos en dinero, un millon de medidas de trigo, materiales suficientes para construir veinte galeras de tres órdenes de remos y otras tantas de cinco, tres mil talentos para erigir un nuevo coloso y ademas cien arquitectos y trescientos cincuenta operarios, con la promesa de catorce talentos por año para mantenerlos mientras los Rodios tuvieran necesidad de ellos; á todo lo cual añadió tambien diez mil medidas de grano para los sacrificios y veinte mil para la provision de la escuadra (1). Esto no ha impedido sin embargo á la historia el proclamarlo como un vil tirano, desenfrenado en sus liviandades, dirigido sucesivamente por el desalmado Sosibio, por el corrompido Agatócles y por la hermana de este, Agatoclea. Daba á sus palacios el nombre de sus cortesanas y á estas les erigia estatuas en público. Antíoco el Grande le movió una guerra que al parecer debia serle funesta:

217. no obstante, la poco merecida victoria de Rafia salvó al Egipto.

Quando murió Filopator, reo de parricidio y fratricidio y de las mayores infamias, Agatócles y Agatoclea quisieron continuar en el mando como tutores de Tolomeo Epifanes, á la sazón de cinco años de edad; pero el pueblo, amotinado, hizo en ellos justicia y confió la tutela del príncipe al joven Sosibio y á Tlepolemo. El primero, á lo ménos, tenia el arte de salvar las apariencias, pero el segundo, pródigo é imprudente, vino luego á ponerse en discordia con su colega. De la debilidad consiguiente se aprovecharon los reyes de Siria y de Macedonia para coligarse contra el Egipto, cuyos despojos se dividian ya en su imaginacion; pero los regentes se dirigieron á Roma y confiaron la tutela del regio infante al Senado de esta ciudad, que hasta entonces habia sido el amigo declarado de los Tolomeos y que desde aquel momento llegó á ser árbitro de su suerte.

CAPÍTULO IV

Macedonia y Grecia (2).

El tercero de los imperios formados con los restos del de Alejandro, si bien inferior á los demas en extension, poblacion y opulencia, fué considerado en un principio como el corazon de la monarquía, de donde, á lo ménos en la apariencia, emanaba toda la autoridad adminis-

(1) POLIBIO V. — ATENEO V.

(2) Hasta la batalla de Ipsa puede servirnos de guía Diodoro de Sicilia; despues hasta el año 224, los fragmentos del mismo, la narracion de Justino y tal cual vida de Plutarco son los únicos documentos. Desde el año 224 puede acudirse á Polibio, si bien no completo; y despues T. Livio y los demas historiadores de Roma. Entre los modernos merece especial mencion JOHN GAST, *The history of Greece from the accession of Alexander of Macedon till the final subjection to the roman power: in eight books*. Londres, 1782, en 4°.

trativa. Pero cuando fué exterminada la familia real, formó un Estado distinto; solo que en él los reyes tenian que luchar con la indole libre y con las franquicias de los Macedonios, al paso que en los de Asia y de Egipto se levantaban tiranos entre débiles y viles súbditos. Da tambien á la Macedonia mayor interes el estar enlazada con la fortuna de la Grecia, para la cual no se trataba ya de hacerse capitan de toda la Europa contra toda el Asia, ni de vivir libre ó esclava, sino de las parcialidades de los ambiciosos y de las locuras de los pueblos: solo sus gloriosas memorias la salvan del desprecio; y si alguna rama vigorosa retoña sobre el veltusto tronco, no es de tal naturaleza que pueda llevar á madurez frutos buenos para sí ni para la patria.

Ya hemos visto las discordias que surgieron entre Pirro y Lisímaco. Este, habiéndose consolidado en el reino de Macedonia, unió á él la Tesalia y por algun tiempo el Asia Anterior.

Los Tracios ocupaban en otro tiempo una extensa region que comprendia parte de la Macedonia, y cuanto hay en el rio Estrimon, el Ponto Euxino y el monte Emo, extendiéndose tambien á la otra parte del Danubio y del Boristenes. Las diversas tribus que allí habitaban tenian costumbres y gobierno diferentes. Homero nos señala en Reso un rey de los Tracios; de otros nos dan noticias otros autores, pero no se encuentra una serie continua hasta que llegamos á los reyes de los Odrisios, gente establecida desde el Estrimon hasta el Euxino y desde el Emo al Mar Egeo. Fundó ó consolidó su poder Térés hácia el año 430 á. C.; despues Sitálces extendió el dominio paterno, y su alianza fué solicitada por los Atenieses, que se valieron de él para vengarse de los Calcidenses y de Pérdicas, rey de Macedonia.

Xéntes I sucedió á su abuelo; luego encontramos un Mesádes, despues del cual se hicieron independientes las ciudades marítimas, y Medoco dominó las demas de los Odrisios; pero Xéntes II volvió á someter á las primeras con ayuda del Griego Jenofonte. Era costumbre entre los Tracios que los convidados al banquete del rey bebiesen á la salud de este y le hicieran un presente proporcionado á sus facultades: Jenofonte no teniendo á la mano nada á propósito, dijo: *Te ofrezco á mi mismo y á todos los Griegos, los cuales te ayudarán á recuperar los Estados de tus abuelos y á extender sus confines, si los dioses nos protegen*. En efecto sometieron los Griegos al dominio de Xéntes las ciudades marítimas; y si bien no fueron ó no se creyeron dignamente recompensados, continuaron en su alianza.

Como sobre este punto carecemos de historiadores, no podemos hacer mas que tomar de uno y otro lado algunos indicios de los reyes tracios y de sus vicisitudes. Así, en una carta de Filipo de Macedonia á los Atenieses, encontramos que reinaba sobre los Odrisios Térés II, á quien hizo la guerra aquel rey por ser aliado

de los Atenieses. Al mismo tiempo dominaba en las ciudades marítimas Cótis, famoso por su ingratitud y perfidia y por sus festines, que fué enemigo de los Atenieses despues de haber sido su aliado, y que mandó contra ellos á Ificrates, su yerno. Á un ministro que le echaba en cara el gobernar mas bien como loco que como rey, le respondió: *Sin embargo mi locura mantiene á mis súbditos en la obediencia*.

Á su muerte le sucedió, no sin obstáculos, su hijo Quersoblepto, que á pesar de la oposicion de los Atenieses, continuó dominando las ciudades marítimas; pero fué hecho tributario por Filipo. No se habla bajo el reinado de Alejandro de reyes tracios: muerto este y habiendo tocado en suerte el país de aquellos á Lisímaco, se levantó contra el Xéntes III; pero fué vencido, no obstante el auxilio que le prestó Antígono; y Lisímaco estableció en este país un reino poderoso y guió á sus fieros habitantes en las guerras de su tiempo (1).

Habiendo sido muerto el valeroso Agatócles, hijo de Lisímaco, por instigacion de su suegra Arsinoe, Lisandra, viuda del mismo, con su hermano Tolomeo Ceráuno se refugiaron al lado de Seléuco, y le indujeron á declarar la guerra á Lisímaco, el cual perdió el trono y la vida en la batalla de Ciropedion. Un leal perrillo suyo, habiéndose echado sobre el cadáver, lo dió á conocer. Seléuco fué entonces aclamado rey de Macedonia, que por un momento pareció que habia vuelto á ponerse á la cabeza de la monarquía; pero muy luego Tolomeo Ceráuno lo mató, y con sus tesoros y con el resto de las tropas de Lisímaco se conquistó el trono.

Pero entonces cayó sobre él un terrible azote; los Galos. Ya hemos visto ántes (pág. 605), cómo los Galos y los Cimbros invadieron la Europa y destruyeron á Roma. Los Tectósagos, establecidos en las montañas Cevénas, cualquiera que fuese el motivo, salieron de allí en el siglo tercero y por la selva Ercinia llegaron al valle del Danubio, adonde doscientos años ántes otros Galos habian sido conducidos por Sigoveso, cuando los de Belloveso pasaron á Italia. En una expedicion contra los Escitas que devastaban las fronteras de la Tracia hácia las bocas del Danubio, encontró Alejandro á los Galos, y se sonrió cuando habiendo interrogado á sus embajadores le respondieron: *Solo tememos la caída del cielo*. Complaciéndole aquel valor novelesco como el suyo, hizo con ellos alianza, y los Galos fueron un grande auxilio para sus sucesores. Pero al servir á estos, conocieron la belleza y debilidad de la Grecia y entraron en deseos de poseerla. Mientras Lisímaco continuaba la guerra contra los Tracios y los Getas, las hordas galas, guiadas por Cambaulo (2), se adelantaron hasta el monte Emo, si bien

(1) Dominaron despues en este país los Galos, y habiendo sido expulsados, eligieron los Odrisios un rey nacional, cuyos sucesores reinaron con vária fortuna, dando gran poder á la parte beligerante á que se agregaban, hasta que Roma redujo á provincia de su imperio á la Tracia, reinando Vespasiano.

(2) *Camá fuerza, y haos destrucción*.

no pasaron de allí. Llegaron despues los Tectósagos, reinando Tolomeo Ceráuno, y marcharon adelante divididos en tres cuerpos: uno á las órdenes de Ceretrio (1) hácia la Tracia, el otro contra la Peonia á las órdenes de Breno y Achicorio, y el último contra la Iliria y la Macedonia, conducido por Belgio.

Tolomeo no quiso admitir veinte mil hombres que le ofrecieron los Dárdanos, para oponerse á los invasores, terribles en toda la comarca: y habiendo salido al encuentro del tercer ejército de los Galos, fué derrotado y muerto. Con los prisioneros mas jóvenes y hermosos se ofreció un sacrificio á los sanguinarios dioses de la Galia; los demas, atados á los árboles, sirvieron de blanco á los *gais* de los Galos y á los *mataris* de los Cimbros. Quizá el horror haya exagerado las atrocidades que entonces se cometieron: pero se refiere que bebian la sangre y comian la carne de los niños mas robustos; las mujeres no podian evitar las brutalidades de sus enemigos sino con la muerte, y ni aun la agonía y la muerte libraban muchas veces sus cuerpos del ultraje (2).

La Macedonia fué la mas aterrorizada, porque se hallaba en la anarquía. Meleagro, hermano de Ceráuno, se hizo jefe de aquel reino y fué expulsado á los dos meses: Antípatro le sucedió solo por cuarenta y cinco dias: por último

(1) *Certh célebre, Certhrwiz gloria*.

(2) DIODORO DE SIC. *Excerpta Valensii*, p. 316. — PAUSANIAS, lib. X. « Cuando los Galos invadieron la Jonia devastando sus ciudades, por ser las fiestas Tesmoforias se hallaban reunidas las mujeres en un templo poco distante de Mileto. Un destacamento de los Bárbaros llegó al campo de Mileto, y acudiendo al templo, robó á las mujeres, que fueron rescatadas por plata y oro. Algunos Bárbaros, habiéndose aficionado á algunas, las llevaron consigo, y entre estas una fué Eriippa, mujer de Janto, Milesio de las primeras familias, que tenia de ella un niño de dos años. Janto, que queria mucho á su mujer redujo á dinero parte de sus bienes, y habiendo reunido mil monedas de oro, se partió para Italia, desde donde fué conducido por un huésped suyo á Marsella, y luego á la tierra de los Celtas. Habiendo llegado á la casa donde estaba su mujer con uno de los mas famosos de estos, pidió hospitalidad. Acogiéronlo de buena voluntad: entró, vió á su mujer, y ella estrechándolo entre sus brazos amorosamente lo llevó por la casa. Tan pronto como vino el Celta le contó el viaje de su marido, y cómo habia venido por ella y que le pagaria su rescate. Aquel alabó el proceder de Janto y le regaló con la fiesta hospitalaria: en el banquete le puso al lado de su mujer y por medio del intérprete le preguntó cuánto era en todo la suma que traía. Respondió Janto: *Mil monedas de oro*, y el Bárbaro le mandó que la dividiera en cuatro partes y que reservase tres para sí, su mujer y su hijo, y que la cuarta fuese el precio del rescate. Cuando estuvieron en el lecho, riñó mucho á Janto su mujer por haber prometido tanto oro al Bárbaro no teniéndolo, y advirtiéndole que corria peligro si no cumplia su promesa. Janto la respondió que en las sandalias de sus esclavos traía escondidas mil monedas de oro, no esperando encontrar un Bárbaro tan discreto. La mujer al dia siguiente dijo al Celta la cantidad grande de oro que traía su marido y que le queria mas á él que á su patria y á su hijo, y que Janto la era insoportable. Estúvola oyendo el Celta con poco gusto y formó el designio de darla muerte; y cuando Janto se disponia para marchar, lo acompañó benévolutamente conduciendo él mismo á Eriippa. Al llegar á los montes del país de los Celtas, dijo el Bárbaro que queria hacer un sacrificio ántes de separarse. Conducida la victima, mandó á Eriippa que la tuviese; y teniéndola ella como era costumbre, el Celta, desvainando la espada, la traspasó y la cortó la cabeza, persuadiendo despues á Janto á que no tuviese pesar ninguno por ello; y contándole la perfidia de su mujer, le dió todo el oro para que se lo llevase. PARENIO, *De las pasiones amorosas*.